

Los desafíos de la izquierda ante la guerra cultural y comunicacional

ALGUNOS APUNTES DESDE CUBA

Abel Prieto

¿DERRUMBE O DESMERENGAMIENTO?

Cuando hablamos de las causas del derrumbe del llamado «socialismo real» en la URSS y en los países del bloque soviético, nos referimos con frecuencia a las traiciones que se produjeron en la cúpula de aquellos partidos, a la corrupción, a la retórica agobiante, al acomodamiento, a la burocratización, a la falta de una comunicación efectiva entre dirigentes y dirigidos, al enfoque ultraconservador ante la urgencia de aplicar las tecnologías de avanzada (hasta la sociología, una ciencia vital, fue descalificada como burguesa) y a los errores gravísimos que se cometieron en el ámbito de la economía y otros muchos. No dejemos de mencionar, además, los planes de influencia subversiva de los servicios especiales de EU y de otras potencias de Occidente. Sin embargo, se le ha dado menos importancia a la dimensión cultural de aquel derrumbe tan trágico y poco glorioso.

El «socialismo real» fue vencido en la guerra cultural, simbólica y comunicacional. Una derrota que resultó determinante en su liquidación. Fidel Castro, que supo analizar como pocos las distorsiones de aquel socialismo, lo comprendió con toda claridad; incluso concibió una palabra muy original para denominar lo que había ocurrido, un extraño cubanismo que no aparece en los diccionarios especializados: *desmerengar*, término que proviene de merengue, un dulce hecho con azúcar y clara de huevo batida, algo inconsistente, sin pilares ni bases firmes. El *desmerengamiento* del socialismo real vendría a significar una caída blanda y nada heroica, por su propio peso, de un gigante con pies de barro o de merengue. Sólo las estructuras sólidas se derrumban. Lo que es débil, inconsistente, se *desmerenga*.

El hecho es que la guerra cultural se subestimó en la URSS y en el campo socialista, y todo lo relacionado con esto se descuidó o se trató de manera rutinaria, autoritaria y burocrática, no inteligentemente, no con las armas auténticas de la cultura. La idea —que fue clave a lo largo de la Revolución Cubana— de que la vanguardia política y la vanguardia intelectual deben aliarse en la defensa de nuestra causa, estuvo ausente de modo trágico después de la enfermedad y la muerte de Lenin. De este modo, cuando ya las señales de la caída eran visibles, un periódico de Moscú publicó un dibujo memorable con un poder de síntesis magistral: una matrioshka se inclinaba, humillada, para ser penetrada por Mickey Mouse. El ratón famoso, el símbolo predilecto de Disney y de los yanquis, había triunfado sobre la tradicional muñeca rusa.

En 1995, en medio de nuestro muy difícil «periodo especial en tiempo de paz», escribí de un tirón un ensayo que titulé *El humor de Misha: la crisis del socialismo real a través del chiste político*. Traté en ese texto de explicarme el *desmerengamiento* a partir de algunos conceptos de Antonio Gramsci y del soció-

logo austriaco Peter Berger, y sobre todo de chistes recogidos en los viajes que hice a la URSS, a Polonia, a Bulgaria, a la RDA y a Checoslovaquia. Incluso comparé el rencoroso anticomunismo de algunos de los chistes traídos de Europa y la ligereza y travieso choteo cubano que transpiraban los nuestros. Tuve el privilegio de que el gran intelectual y revolucionario Armando Hart Dávalos me escribiera un epílogo de enorme valor¹.

La idea inicial de este librito surgió al observar la conducta de varios traductores encargados de acompañarme en esos países durante largas jornadas, visitando lugares históricos, mausoleos, grandiosos espacios expositivos como la célebre VDNJ, siglas de la *Exposición de los logros de la economía nacional* de la URSS. Después de ese ejercicio «diurno de logros», apoteosis y exaltación, los traductores me acompañaban al hotel, abrían una botella de vodka y entre un trago y otro me contaban chistes que desmentían los mensajes animosos del recorrido y desinflaban todo entusiasmo. Me interesó mucho comprobar aquel «trastorno disociativo de la identidad» o como se le quiera llamar, y me condujo a preguntarme si sería un síndrome exclusivo de guías y traductores o si se habría extendido a sectores más amplios de la población.

CURSO INTENSIVO DE COMUNICACIÓN

Democratizar la comunicación para transformar conciencias y transformar al mundo.

8 LECCIÓN

LA GLOBOCOLONIZACIÓN

Frei Betto define acertadamente como *globocolonización* a la influencia a escala planetaria de la llamada industria del entretenimiento, que incluye la producción cinematográfica y televisiva, los videojuegos, libros, revistas, espectáculos, junto a la industria de la moda, de los famosos, la propaganda comercial y la maquinaria de información (o más bien de desinformación), donde se juntan con fuerza abrumadora los medios tradicionales, las plataformas de internet y las redes sociales.

Aunque en los últimos años ha empezado a debatirse más en el seno de la izquierda todo lo relacionado con la comunicación y la guerra cultural, han sido tradicionalmente desatendidos. Atilio Boron nos recuerda que hubo dos figuras en Nuestra América que le dieron tempranamente la mayor prioridad:

Tanto Fidel como Chávez fueron precozmente conscientes de que las oligarquías mediáticas constituían una de las

¹ Abel Prieto, *El humor de Misha: la crisis del socialismo real a través del chiste político*, Colihue, Argentina, 1997



amenazas más graves que se cernían sobre el futuro de las democracias y la eficacia de las luchas antimperialistas. En efecto, a su incontrollado poder, su enorme influencia y el nefasto papel que aquellas cumplen en los premeditados procesos de «deseducación», alienación y brutalización de la ciudadanía se une su total abandono de la función periodística en favor de una obra propagandística concebida para impedir el avance de la conciencia anticapitalista y las políticas antimperialistas².

Atilio y Fernando Buen Abad son figuras indispensables para comprender a fondo la guerra cultural y simbólica y para movilizar ante ella a las fuerzas revolucionarias. Según Buen Abad, debemos preparar en primerísimo lugar a nuestra gente, a nuestras tropas, y diseñar a gran escala la resistencia y la contraofensiva. Y esta guerra, aunque usa la industria del entretenimiento, tiene su objetivo central mucho más allá:

El terreno en que se desarrolla la guerra cultural —dice el historiador Elier Ramírez— es sobre todo el de los modos de vida, las conductas, las percepciones sobre la realidad, los sueños, las expectativas, los gustos, las maneras de entender la felicidad, las costumbres y todo aquello que tiene una expresión en la vida cotidiana de las personas³.

Se trata de una guerra por el sentido de la vida de la gente, por sus esperanzas, sus aspiraciones. Se pretende instalar en las personas, a nivel cons-

² Atilio Boron, «Demonizar primero, luego matar: una nota sobre el papel de los medios de comunicación y las redes sociales en la dominación imperialista», en *Atilio Boron*, 5 de julio de 2021

³ Elier Ramírez Cañedo, «Estados Unidos y la guerra cultural: ¿acaso una elucubración?», en *Cubadebate*, 25 de noviembre de 2016

ciente e inconsciente, la idea de que el capitalismo es el único modo imaginable de organizar la vida en sociedad. Se quieren presentar como algo natural todas las desigualdades, las injusticias, la barbarie propia del capitalismo. Se aspira al propio tiempo a desterrar de la subjetividad de las personas la idea de que puede haber alguna alternativa a ese sistema. Uno de los éxitos del capitalismo es haber logrado extender y arraigar el mito del triunfador: la ficción de que todo individuo está en capacidad de triunfar si se aplica en el empeño, no importa cuáles sean las circunstancias.

En el ámbito de la subjetividad secuestrada por la lógica y los símbolos del neoliberalismo, la condición de ciudadano se ha difuminado. Ha pasado a ser un mero consumidor pasivo. Es por eso que debe ser entrenado para consumir perennemente productos muchas veces inútiles, destinados a una obsolescencia programada o percibida cada vez más rápida y un caudal de informaciones superficiales y cuestionables. Todo lo ve de manera fragmentada, no está preparado para adentrarse en ninguna aventura intelectual compleja, se conforma con titulares, píldoras y esquemas muy simples.

El exciudadano degradado a consumidor recibe sobre sí un diluvio cotidiano de mensajes que lo empujan hacia un individualismo ferozmente competitivo. El «sentido» de su vida consiste en dejar atrás a los «perdedores» para llegar a ser un triunfador. Esa es la meta suprema, el triunfo, la felicidad, con todo el dinero imaginable, con propiedades, ropa de marca y los demás atributos de sus famosos preferidos. Mientras tanto, el proyecto colectivo del socialismo le resulta extraño, incomprensible, ajeno en lo esencial a lo que ha aprendido desde la niñez.

La idea misma de sumarse a movimientos de emancipación para parti-

cipar en la batalla por ese otro mundo mejor, que es posible e imprescindible, le está vedada al consumidor enajenado. Si se aproxima a algún tipo de activismo social es acorralado por un fuerte mensaje desmovilizador: quien pretenda cambiar el orden de cosas es un Quijote loco y solitario, destinado al fracaso.

Elier comenta, además, el *Libro blanco* del comando de operaciones especiales del Ejército de Estados Unidos de marzo de 2015, publicado con el título *Apoyo de las fuerzas de operaciones especiales a la guerra política*. Lo que señala en esencia este *Libro blanco* es que la guerra es permanente, aunque adopta múltiples facetas y no puede limitarse al uso de los recursos militares.

El objetivo final de la guerra política —dice— es ganar la «guerra de ideas, que no está asociada con las hostilidades». La guerra política requiere de la cooperación de los servicios armados, diplomacia agresiva, guerra económica y las agencias subversivas en el terreno, en la promoción de tales políticas, medidas o acciones necesarias para irrumpir o fabricar moral⁴.

Por otra parte, Fernando Buen Abad nos dice:

Esta guerra es el secuestro de los juegos, del ludismo necesario, del sentido del humor, de las tradiciones colectivas y la identidad común. Es el secuestro de lo social en garras del individualismo, es la negación de la poesía revolucionaria y la imposición de la amargura. Es el reino de la fatiga, la moral de la extenuación, las privaciones y las carencias de quienes producen la riqueza concreta. Es la perversión de la ternura en garras de la sensiblería mocosca; es la imposición de la violencia mer-

⁴ *ibidem*

cantil, el padrotismo, la patanería, el parasitismo en contra de la solidaridad, la conciencia de clase y la organización social transformadora. Esta guerra emplea cualquier cosa para la destrucción de cuanto es útil para liberar a la clase trabajadora⁵.

El propósito último del colonizador cultural es lograr la aceptación del colonizado; que llegue a creerse, efectivamente, inferior y se dedique obsesivamente a imitar los modelos del colonizador para parecerse lo más posible a él; que llegue a ver como adelanto civilizador su absorción cultural; que desprecie sus raíces, su etnia, sus orígenes; que se convierta en lo que Martí llamó «sietemesinos» (quienes no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses, decía).

El estudioso chileno de la comunicación Pedro Santander desarrolla la idea de cómo en la guerra cultural se promueve deliberadamente el desaliento. Desalentar para desmovilizar a la gente. «Dispositivos del desaliento» le llama a los medios⁶.

Otro de los tópicos de la ofensiva comunicativa y cultural reaccionaria radica en presentar al capitalismo como un modelo que es el representante máximo de la modernidad, del futuro, de un reino de libertad y de infinitas oportunidades. En esa lógica, el socialismo representa el pasado, algo viejo, antiguo, en vías de extinción. Esta oposición tramposa neoliberalismo-futuro frente a socialismo-pasado se hizo visible en la Cumbre de Iberoamérica de 1992, en un momento de euforia neoliberal, cuando querían que todos creyéramos que había llegado el fin de la historia y que el reino del

mercado (victorioso en la Guerra Fría) representaba el triunfo definitivo de la libertad.

En esa cumbre, en España, quisieron presentar a Fidel como alguien que venía del pasado, mientras que todos aquellos demagogos y ladrones se mostraban como paladines del futuro. Y Fidel hizo allí un discurso profético. Anunció que la brecha entre ricos y pobres iba a ensancharse hasta límites inimaginables; que la emigración desde el sur y hacia el norte crecería y se haría desesperada, sin control alguno (que es algo que estamos viendo hoy todos los

«El propósito último del colonizador cultural es lograr la aceptación del colonizado; que llegue a creerse, efectivamente, inferior y se dedique obsesivamente a imitar los modelos del colonizador».

días); que sin la intervención del Estado con un papel regulador, protector de los sectores más vulnerables, la injusticia y el horror se dispararían; que el mercado, con sus leyes ciegas, no podía ser un nuevo Dios encargado de hacer justicia y de extender la democracia. «El mundo va a hacerse ingobernable», profetizó Fidel⁷. Sin embargo, los mecanismos de dominación cultural presentaron este momento sombrío de la historia del siglo xx como un triunfo de la libertad y como la derrota definitiva de los sueños emancipadores.

Otro rasgo de la guerra cultural global es el secuestro por la derecha de palabras que pertenecen orgánicamente

al repertorio de la izquierda: democracia, libertad, derechos humanos. Los principales violadores de esos principios se presentan como sus defensores y los usan para atacarnos. Katu Arkonada y Paula Klachko, en un libro sobre el ciclo progresista en América Latina, hablan del «triunfo cultural» de Mauricio Macri en Argentina y señalan que la clave estuvo en apropiarse de la palabra «futuro», así como de la palabra «cambio»⁸. Este recurso propagandístico lo aplican también en las redes contra nosotros: cambios para Macri era regreso al neoliberalismo feroz de Menem, mientras que para la contrarrevolución cubana equivale a la restauración capitalista.

La guerra cultural trabaja también para garantizar la fragmentación de las izquierdas. Movimientos de negros, indígenas, mujeres, homosexuales siguieron multiplicándose después del derrumbe. El sistema trabaja por la vía cultural para evitar que esas diferentes fuerzas construyan un frente de lucha anticapitalista y hasta crea modas, circuitos, premios y falsos líderes intentando domesticar a esos luchadores.

La ofensiva cultural imperial trabaja igualmente para absorber la rebeldía que ha habido tradicionalmente en la cultura no comercial. El rap, la canción protesta, las expresiones creativas del movimiento hippie de los 60 (que ha sido una década satanizada por Hollywood y toda la industria cultural yanqui) han sido castrados por el mercado. La victoria del capitalismo ha residido hasta ahora en lograr absorber y anular los movimientos y las ideas de rebeldía. Por otro lado, los paradigmas de felicidad y realización impuestos por la maquinaria de seducción capitalista se articulan perfectamente con la opera-

⁵ Fernando Buen Abad, «Guerra simbólica», en *Cubadebate*, 23 de marzo de 2022

⁶ Pedro Santander Molina, *La batalla comunicacional. Defensa, ataque y contraataque en América Latina*, El Perro y la Rana, Venezuela, 2020

⁷ Fidel Castro, «Discurso pronunciado por el comandante en jefe Fidel Castro Ruz en la sesión inaugural de la II Cumbre Iberoamericana, Madrid, España», en *Fidel, soldado de las ideas*, 23 de julio de 1992

⁸ Katu Arkonada y Paula Klachko, *Desde abajo, desde arriba*, Editorial Prometeo, Argentina, 2017



CURSO INTENSIVO DE COMUNICACIÓN
 Cuando la comunicación se democratice, la libertad será un clamor planetario.

LECCIÓN
 9

ción de amnesia inducida, porque se promueve una especie de presentismo, «disfruta el instante y no te angusties por el futuro y (mucho menos) por el pasado».

Resulta preciso defender la memoria cultural e histórica y promover un concepto diferente de modernidad, una modernidad «otra», descolonizada frente al modelo capitalista depredador.

LA COLONIZACIÓN 2.0

Rosa Miriam Elizalde, en un ensayo muy penetrante, nos advierte:

Muchas veces el debate de la izquierda se extravía entre tomar la calle o tomar la red, como si fueran excluyentes. Si hay una tarea principal en la izquierda es la de acabar de entender que la vida *on line* y *off line* no van separadas, son una continuidad, forman parte de un solo cuerpo, y que la red puede ser muchas cosas menos un mundo aparte intangible y etéreo. [...] La izquierda debe apropiarse de la *big data*. Cuesta mucho menos organizar un comando central comunicacional que financiar un canal de televisión. Por tanto, debería ser una cuestión clave en los debates políticos y profesionales sobre comunicación, y particularmente, en aquellos donde se discutan la equidad y el desarrollo, la creación de una escuela de comunicación

política de la izquierda latinoamericana y caribeña, que facilite el acceso a conocimientos sobre las tramas de poder detrás de los medios, la necesidad de democratizarlos y las oportunidades propiciadas por las nuevas tecnologías de la información⁹.

Sometidos a esta nueva colonización 2.0, debemos enfrentarnos a las formas extremas que adquiere la guerra comunicacional y cultural del imperialismo y las oligarquías nacionales contra todo asomo de oposición.

Atilio, por su parte, se lamenta de que la izquierda ha reconocido tardíamente la peligrosidad de «esta transición desde la guerra convencional a la que se libra en los medios de comunicación y la “ciberguerra”». Mientras tanto alerta que

ha sido utilizada a fondo por las potencias dominantes del sistema internacional, especialmente el gobierno de los Estados Unidos. Pocos ejemplos serían más ilustrativos que el siguiente para ilustrar nuestro argumento. En una audiencia ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos, a principios de este siglo, un general de cuatro estrellas dijo que «en el mundo de hoy, la guerra antisubversiva se libra en los medios de comunicación, y ya no en las selvas ni en los suburbios decadentes del Tercer Mundo». Por eso, concluyó, «ahora los medios y las redes sociales son nuestro principal teatro de operaciones»¹⁰.

Es muy útil repasar el informe realizado por Rosa Miriam Elizalde y Pedro Santander Molina para *Mueve América Latina*, elaborado el 5 de enero de 2020, sobre el golpe de Estado en Bolivia que fue «minuciosamente planificado», con «todas las características de la guerra irregular o híbrida de diseño estadounidense». Según este informe, en Bolivia se produjo

un golpe que combina modalidades conocidas (pronunciamientos militares y represión) con otras nuevas, especialmente en la dimensión tecnológica-comunicacional. En esa línea vemos que el golpismo ha entrelazado procedimientos materiales y virtuales, desde operaciones psicológicas (PSYOPS) y otras técnicas de desestabilización social hasta actividades paramilitares de calle y la acción inédita de cibertropas en las plataformas digitales, con el fin de generar un supuesto consenso contra el gobierno de Evo Morales, alineado con la retórica de Washington y

⁹ Rosa Miriam Elizalde, «Colonialismo 2.0. en América Latina y el Caribe: ¿qué hacer?», en *Cuba Socialista* (web), 27 de octubre de 2020

¹⁰ Atilio Boron, *op. cit.*

los intereses de la derecha en la región¹¹.

Los autores concluyen que

la región ha pasado a otra fase en la batalla comunicacional. La deficiente preparación para enfrentarla que mostró el campo popular boliviano, facilitó el accionar golpista en el plano informativo: en un día se silenciaron todas voces de un proceso que lleva catorce años transformando y liberando un país¹².

Como subraya Atilio en el artículo ya citado:

Tal como lo reconocen los estrategas del imperio, los medios de comunicación y, más recientemente, las «redes sociales» han sido actores clave en la desestabilización de los gobiernos progresistas o de izquierda en todo el mundo. Cuando el imperio decide atacar a un gobierno, sea con sus propias fuerzas armadas, sus mercenarios culturales y sus secuaces locales, los medios de comunicación y las «redes sociales» ocupan inmediatamente las posiciones de vanguardia¹³.

LA GUERRA CULTURAL Y COMUNICACIONAL CONTRA CUBA

Apenas veinte días después del 1 de enero de 1959, varios congresistas estadounidenses hicieron pronunciamientos públicos ofensivos acerca de los procesos judiciales que se estaban llevando a cabo en Cuba contra asesinos y torturadores

¹¹ Rosa Miriam Elizalde y Pedro Santander, «Bolivia. Cinco preguntas sobre la operación del golpismo boliviano en Twitter», en *Tercera información*, 7 de enero de 2020

¹² *ibidem*

¹³ Atilio Boron, *op. cit.*

del régimen de Batista. Dos agencias de prensa, la UPI y la AP, se encargaron de difundir a escala planetaria la infamia de que la Revolución Cubana, vengativa y sedienta de sangre, estaba violando los derechos y garantías de los procesados.

Fidel convocó entonces a la Operación Verdad. Invitó a casi cuatrocientos periodistas de distintas regiones del mundo y puso ante ellos, con total transparencia, los testimonios y pruebas que mostraban los crímenes cometidos por aquellos monstruos. Un tiempo después, se fundaría la Agencia Latinoamericana Prensa Latina.

Y no olvidemos la llamada Operación Peter Pan, uno de los planes subversivos más crueles urdidos contra la revolución por la CIA, el Departamento de Estado de Estados Unidos, el núcleo fascista cubano-americano y la jerarquía de la Iglesia Católica de Miami. Se distribuyeron en Cuba, en 1960, miles de ejemplares de una ley ficticia a través de la cual el gobierno revolucionario abolía la patria potestad de los padres sobre sus hijos para enviar masivamente a niños cubanos a la URSS y allí adoctrinarlos, «lavarles el cerebro» y convertirlos en furibundos comunistas. La fábula vergonzosa llegó al extremo de asegurar que podrían ser asesinados y transformados en carne enlatada.

Esta patraña incalificable —un ejemplo escandaloso de lo que hoy llamaríamos *fake news*— sembró el terror en personas crédulas, idiotizadas por décadas de propaganda anticomunista *made in USA*, y provocó que más de 14 mil niños fueran separados de sus familias y enviados a campamentos en Estados Unidos entre diciembre de 1960 y octubre de 1962. Experiencias terribles marcarían de manera imborrable y traumática a las víctimas de aquel proyecto concebido para dividir a los cubanos y demonizar a la revolución.

En cuanto al presente, hay que recordar el mensaje de Raúl a la Uneac en su 55 aniversario, el 23 de agosto de 2016: «Hoy

estamos doblemente amenazados en el campo de la cultura: por los proyectos subversivos que pretenden dividirnos y la oleada colonizadora global»¹⁴. Y es que los laboratorios yanquis especializados en la subversión han estado trabajando sin tregua a lo largo de todos estos años. Entre sus misiones principales está la circulación sistemática de calumnias contra Cuba. Los avances tecnológicos que se presentaron como una opción democratizadora para la gestación y distribución de información están al servicio de unas pocas corporaciones y de las élites privilegiadas. Nunca como hoy ha sido tan eficaz y sofisticada la manipulación de las conciencias y emociones de los seres humanos. Uno de los retos más complejos que tenemos por delante los cubanos se centra en la batalla que debemos dar todos los días en defensa de la verdad y del derecho a una información objetiva.

La guerra cultural contra Cuba no ha cesado nunca a lo largo de todos estos años. Se ha manifestado a través de la implacable campaña mediática que tiene mucha repercusión dentro y fuera de la isla. Con los medios tradicionales más influyentes, sumados a internet y a las redes digitales, aspiran a derrotar moralmente al pueblo revolucionario cubano, a enfrentarlo a su gobierno y a su partido, y a desmovilizar a los movimientos de solidaridad con Cuba y a confundir a gente desinformada.

En la guerra específica contra la Revolución Cubana se ha trabajado con énfasis particular en distorsionar nuestra historia. Por un lado, se idealiza la Cuba prerrevolucionaria. Hasta se enaltece la imagen de un dictador y un asesino sin escrúpulos como Batista. La Habana de los años 50 es presentada como un paraíso repleto de rascacielos, casinos, lujo, diversión, glamour.

¹⁴ Raúl Castro Ruz, «Carta de felicitación de Raúl por el aniversario 55 de la Uneac», en *Granma*, 23 de agosto de 2016

Por supuesto, no presentan su lado oscuro: la presencia de la mafia, la prostitución a gran escala, los pordioseros, los desahucios, los niños sin escuelas ni hogar, la represión sangrienta de la tiranía. Por otro lado, trabajan la historia de la revolución en el poder, desde 1959, fabricando supuestos documentales y testimonios en torno a distintos momentos del proceso revolucionario. Aprovechan algunas lagunas que hemos dejado a la hora de explicar esos pasajes de nuestra historia para difundir mentiras flagrantes.

En la intervención que realizó el 28 de enero de 1988 en el IV Congreso de la Uneac, Fidel concordó con algo que en ese evento había dicho Carlos Rafael Rodríguez: «Tenemos un pueblo instruido, pero todavía no tenemos un pueblo culto», e inmediatamente después se refirió a las lagunas que se advierten en la formación de las nuevas generaciones en «lo relativo a la historia, los conocimientos de la historia». ¿Cómo no tener en cuenta, ante este reclamo, el papel que ya iba desempeñando por entonces el desmontaje público de la historia de la URSS como herramienta ideológica corrosiva que se produjo durante la denominada *perestroika*?

Por otro lado, en el VI Congreso de la Uneac, en 1998, Fidel dedicó su discurso a la globalización cultural. Dijo que era «el más importante de todos los temas, la más grande amenaza a la cultura, no sólo a la nuestra, sino a la del mundo», el «más poderoso instrumento de dominación del imperialismo». Y concluyó: «Aquí todo se juega: identidad nacional, patria, justicia social, revolución, todo se juega». A la luz de esta advertencia comprendemos más cabalmente la envergadura de la frase «la cultura es lo primero que hay que salvar», que había pronunciado en 1993¹⁵.

Otra característica de la globalización cultural, según Fidel, es la creación de reflejos condicionados. En aquel discurso tan trascendente del 17 de noviembre de 2005, en el Aula Magna de la Universidad, Fidel se preguntó y le preguntó a los jóvenes y estudiantes asistentes a ese acto cómo una persona ignorante, analfabeta, «puede saber que el Fondo Monetario Internacional es bueno o malo, [...] y que el mundo está siendo sometido y saqueado incesantemente por [...] ese sistema». Y se respondió: «sencillamente, no lo sabe, no puede saberlo»¹⁶.

Estas agudísimas observaciones de Fidel adquieren mucha relevancia hoy cuando crece la alarma en torno a las redes sociales y a su capacidad para provocar respuestas afectivas, no racionales, no pensadas. Por eso Fidel señaló también: «dicen que “el socialismo es malo”, y, por reflejo, “todos los ignorantes

y todos los pobres y todos los explotados repiten: el socialismo es malo. El comunismo es malo».

Fidel expuso así, de modo inmejorable, cómo la suma diabólica de la ignorancia y la promoción de la mentira engendra una criatura patética: el pobre de derechas, ese infeliz que opina y vota y apoya a sus explotadores, a millonarios demagogos, a fascistas, a quienes lo desprecian y lo utilizan vilmente. «Sin cultura», repitió Fidel una y otra vez, «no hay libertad posible». Ese ser humano culto y libre, que está en el centro de la utopía martiana y fidelista, sorteará todas las trampas de la *globocolonización*.

LA MÁS RECIENTE ETAPA DE LA GUERRA CULTURAL Y COMUNICACIONAL CONTRA CUBA: DE LA «INTERVENCIÓN HUMANITARIA» AL «LEVANTAMIENTO POPULAR»

El 13 de julio de 2021, unas horas después del tan publicitado «levantamiento popular» en Cuba, nuestro canciller, Bruno Rodríguez Parrilla, denunció:

El recrudescimiento de la política de cerco, de estrangulamiento económico del país en plena pandemia, ocurre junto a un incremento de la agresión política, mediática, comunicacional; a un aumento inusitado de las operaciones de desinformación, financiadas copiosamente con fondos federales del presupuesto de Estados Unidos que se declaran públicamente, decenas de millones de dólares anuales, sin contar los fondos encubiertos que también se usan en estas campañas. [...] El Gobierno de Estados Unidos ha dedicado históricamente, pero en particular en los últimos años, cientos de millones de dólares para interferir en los asuntos internos de Cuba, para hacer injerencia en ellos; para intentar inútilmente fomentar una oposición política al precio incluso de generar desorden, inestabilidad, con el fallido propósito de fracturar el orden constitucional, el consenso social, las condiciones de estabilidad, tranquilidad, seguridad ciudadanas, armonía en que vive nuestro pueblo. [...] Para ello ha utilizado herramientas de alta tecnología, poderosas y sofisticadas, de las cuales tiene, en este mundo desequilibrado, control prácticamente monopólico y lo ha hecho para tratar de aprovechar las duras condiciones sociales que ha generado en el planeta la pandemia y, en nuestro caso, haciendo, además, un uso impúdico, obscuro, desvergonzado de la mentira, la calumnia y la manipulación de datos en el intento de movilizar, convocar, incitar, manipular a las personas¹⁷.

¹⁵ Fidel Castro, *Lo primero que hay que salvar*, Ediciones Unión, Cuba, 2021

¹⁶ Fidel Castro, *Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, presidente de la República de Cuba, en el acto por el aniversario 60 de su ingreso a la universidad*, versiones taquigráficas-Consejo de Estado, La Habana, 17 de noviembre de 2005

¹⁷ Bruno Rodríguez Parrilla, «Denuncia canciller cubano campaña de desestabilización contra Cuba», en *Cubadebate*, 13 de julio de 2021

Primero, pretendieron fijar una matriz de opinión asociada a la urgencia de que Cuba —incapaz de sacar a flote su economía y de controlar el avance de la pandemia— recibiera una «intervención humanitaria» y se instrumentaran «corredores humanitarios» en el territorio de la isla. Después, se empeñaron en promover la matriz de un enfrentamiento entre «manifestantes pacíficos» y «un gobierno tiránico y represivo». Las redes hicieron circular imágenes de aglomeraciones públicas ocurridas en otros países y videos trucados que reflejaban la violenta «represión» de las autoridades contra «un pueblo que reclamaba liberación pacíficamente».

En los cálculos de los yanquis y de la mafia cubano-estadunidense, la revolución no podría resistir la situación generada por los efectos de la covid-19, con los enormes gastos que estaba acarreado al país, y del bloqueo recrudescido con más de doscientas cuarenta medidas aplicadas por Trump y mantenidas por Biden.

Las «nuevas narrativas» y las «nuevas estéticas» nos proponían tomar partido política y emocionalmente ante las «protestas espontáneas» y ante el enfrentamiento entre pueblo y gobierno. Hubo mucha gente engañada que hizo suya aquella sarta de falsificaciones y se puso del lado de nuestros enemigos. Se presentaron escenas montadas teatralmente de personas tiroteadas por la policía en sus propias casas, y se llegó a repetir la afrenta inconcebible de que en la Cuba de Martí y de Fidel estábamos masacrando a menores de edad. Hasta hubo un performance ante la Casa Blanca, organizado por grupos extremistas de Miami, donde varios niños, vestidos con uniformes escolares cubanos manchados con sangre de utilería, se fingían muertos tendidos en la calle. Los protagonistas de la farsa exigían una embestida militar urgente de los Estados Unidos y enarbolaban dramá-

ticos carteles con letreros como estos: «Detengan la matanza de niños en Cuba».

Por supuesto, en estas «nuevas narrativas» no se habló del comportamiento ejemplar de las masas populares que salieron a las calles a defender la Revolución ni de la actuación irreprochable de la policía, que tenía indicaciones terminantes de evitar a toda costa cualquier exceso y en particular el uso de armas de fuego. Tampoco mencionan estas narrativas el intento malévolo de los yanquis de asfixiarnos y de impedir la llegada a la isla de insumos vitales para el enfrentamiento a la pandemia y de los suministros de combustibles que podrían evitar la paralización de la economía cubana.

La dirección revolucionaria, por otra parte, no ha negado jamás los errores que hemos cometido en la difícil y trabajosa misión de construir una sociedad diferente sobre nuevas bases. La capacidad para la autocrítica y la rectificación, que Fidel practicaba sistemáticamente, tal como lo han hecho Raúl, Díaz-Canel y los dirigentes de nuestro partido, ha sido una de las principales virtudes de nuestro proceso. Pudiera decirse que gracias a eso la Revolución Cubana no se ha anquilosado y mantiene un amplio consenso en la población.

Pero hay un personaje ausente, muy poderoso, en la narrativa que cuentan sobre Cuba: el imperialismo yanqui. Nadie con un mínimo rigor puede entender la realidad cubana si deja al margen, en la sombra, el acoso y la hostilidad constantes ejercidos por los sucesivos gobiernos de Estados Unidos, desde 1959 hasta hoy. En este sentido, el relato hegemónico describe a Cuba como un Estado fallido que tiene sobre sí toda la responsabilidad de la crisis. Su pecado capital es haber escogido un camino equivocado, que se funda en la solidaridad, el humanismo, la justicia social: un camino socialista. Y ahí es donde nos topamos con uno de los pilares más signi-

ficativos de la ofensiva reaccionaria en el terreno de la subjetividad: aquel que se vincula al «sentido de la vida».

Con la gestación, por una parte, de alternativas comunicacionales emancipadoras y, por otra, de espacios para fomentar el pensamiento crítico y antihegemónico en este campo, estamos obligados a articular todos los núcleos de la cultura de la resistencia para levantar «las trincheras de ideas» de que hablaba Martí y convocar incansablemente a una continua Operación Verdad.

El más reciente capítulo de la guerra cultural y comunicacional contra Cuba está asociado al Código de las Familias, sometido a referéndum el pasado 25 de septiembre. A pesar del diluvio de infamias que llovió sobre este código de avanzada, la mayoría del pueblo lo aprobó. Fue una importantísima victoria ante una desmesurada y muy sucia campaña de distorsiones y mentiras. En nombre de la religión y de Cristo, gente sin escrúpulos quiso sembrar el miedo entre personas poco informadas.

Es por eso que es muy importante dar toda la prioridad que requiere esta guerra cultural, que como afirma Buen Abad en el texto citado

es una guerra que no pedimos y no queremos... pero es una guerra que ganaremos y que nos dejará triunfantes y fortalecidos. Contamos con la mayoría de los seres humanos para eso y, tan pronto cunda la conciencia sobre la importancia de esta guerra, avanzaremos rapidísimo.